

Recordando a Víctor Domingo Silva

Por PEDRO SIENNA

Cada 20 de agosto —desde hace ya seis años— un pequeño grupo de sus más fieles compañeros llegamos hasta la tumba de Víctor Domingo Silva; le dejamos unas flores; se dicen unas sencillas palabras en su recuerdo, y a veces una voz varonil o de mujer recita algunos versos del ausente. Versos que ya no arrancan el aplauso sonoro de las multitudes de antaño, sino el eco mudo de nuestro silencio entristecido.

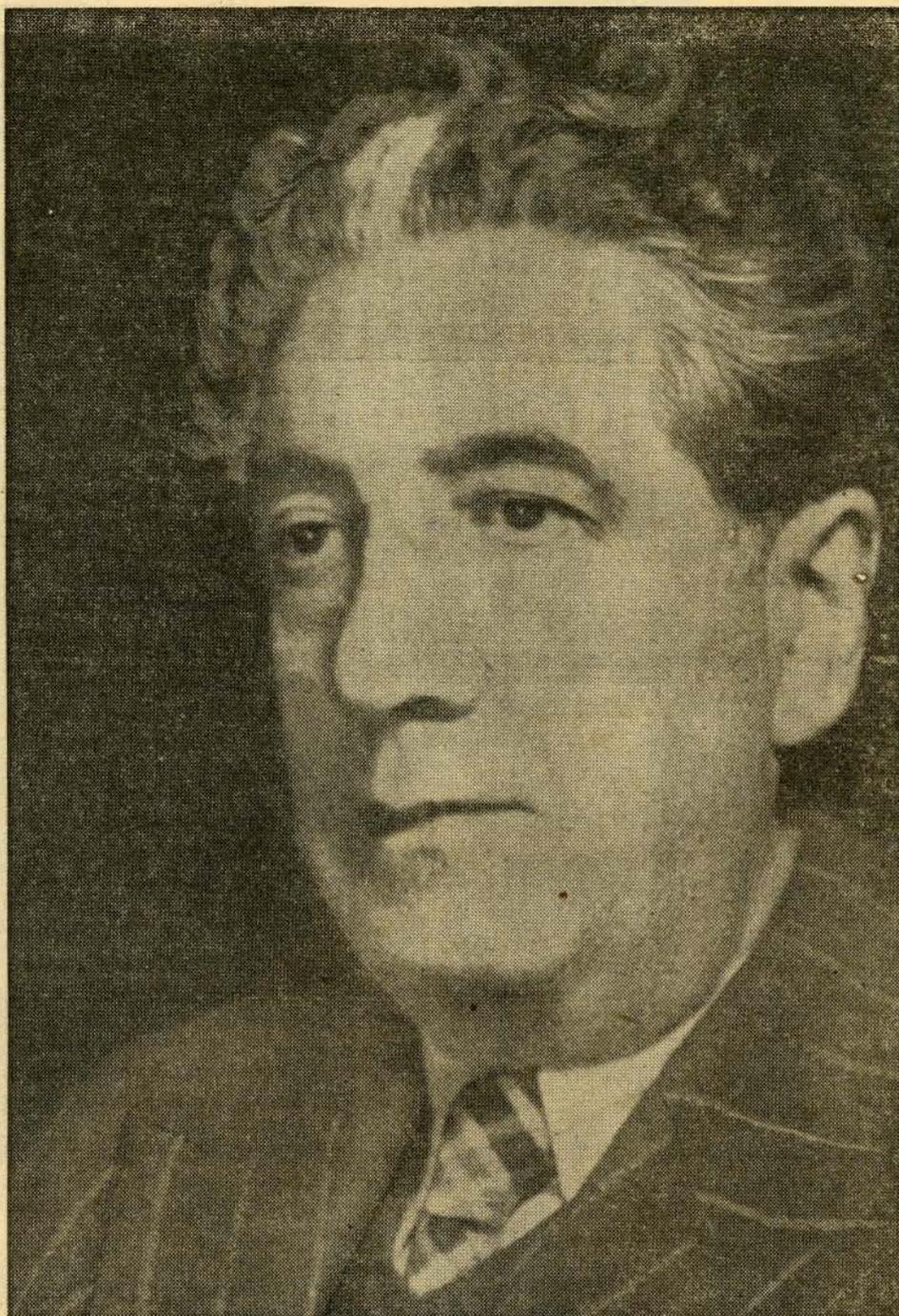
A tales homenajes íntimos y humildes quiero hoy sumar, en este nuevo aniversario de su partida, otro que, si bien será igualmente humilde e íntimo, alcanzará mayor resonancia, no por ser yo su pregonero, sino merced a la difusión de este diario, cuyas columnas acogerán mis palabras. Simples palabras de fraternal recordación, alejadas voluntariamente de todo afán de apreciaciones eruditas o meditada exégesis acerca de la exuberante creación poética y novelística del que fue Premio Nacional de Literatura 1954. Autorizadas firmas ya se han referido a ella en múltiples ocasiones. Sólo deseo recordar al amigo entrañable, y si debo aludir, casi constantemente a su labor artística, es porque se une a su memoria, indisolublemente, como es lógico, su gran talla de escritor.

La vigorosa personalidad literaria de Víctor Domingo Silva alcanzó entre nosotros, en el transcurso de más de medio siglo, tan vasta y resonante celebridad que seguramente a ninguno de sus contemporáneos, sin exceptuar a los de más humilde condición, le fueron desconocidos ni su nombre ni sus méritos. Hago tal afirmación porque la obra del que fue a la vez poeta insigne, dramaturgo de fama y recio novelista, se desbordó desde sus años mozos como una caudalosa marejada que, luego de sobrepasar el dique de las minorías selectas, llegó después al corazón del gran público, y terminó por invadir también el terreno de lo francamente popular. Mas no se produjeron tales conquistas por concesiones interesadas ni por rebajamiento de su categoría intelectual, sino en virtud de la abundancia y diversidad de gamas de su avasalladora producción.

Si esto hubiera que probarlo, bastaría con preguntar: ¿Qué niño chileno, en los bancos de la escuela, no aprendió de memoria las soberbias estrofas de "Al pie de la bandera" para declamarlas en fiestas escolares, con vocecilla trémula y atropellada, pero henchida de amor patrio, por obra y gracia de este poeta nuestro? ¿Qué muchacha quinceañera no ha derramado lágrimas leyendo su novela "Golondrina de invierno"? ¿Quién pudo permanecer impasible en la platea de un teatro, frente a la ternura humana que él puso en sus comedias "Lucecitas en la sombra", "La divina farándula" o "El hombre de la casa"? Y por último, ya que me refiero a su labor teatral, ¿qué rudo y mal trazado espectador de galería no premiaba también, con ardorosos aplausos, el ansia de justicia que el autor revelaba en sus intensos dramas sociales "Nuestras víctimas", "Como la ráfaga", "Aguas muertas", o "Fuego en la montaña"?

Y no son éstas vanas preguntas retóricas de ocasión. Son una auténtica verdad. Que si me valgo de ellas es porque representan mejor que nada la clara estirpe a que el autor pertenecía: pues nadie ignora que abarcar con el verbo extensiones sin fronteras ha sido siempre el distintivo de los grandes creadores de belleza.

En nuestra ya lejana juventud, los que



Una de las últimas fotos del poeta Víctor Domingo Silva

formábamos la generación literaria inmediatamente posterior a la de Víctor Domingo, poseíamos todavía ese don casi perdido en los tiempos que corren: el don de saber admirar el talento de nuestros antecesores; y la robusta obra de este escritor, y sus arrestos revolucionarios, y hasta la capa, la melena revuelta y el chambergo que usaba entonces, se nos aparecían como nimbados por un halo fulgurante.

El era para nosotros el sembrador de ensueños y rebeldías, el que generosamente nos alentaba; el portaestandarte de la poesía que balbuceaba en nuestras primeras estrofas juveniles; el Hermano Mayor que había hecho ya resonar magníficamente, en su ancha cítara de cordaje innumerable, esos poemas que después habrían de perpetuar su nombre, a través del tiempo, en la triste y amarga "Balada del violín", en la ardida y violenta "Nueva Marsellesa", en su nostálgico "Nunca ya", y en esa rotunda canción, impregnada de amor a los humildes, que se llama "Lo que me dijeron las espigas".

Daniel de la Vega me confesaba en aquellos años: "Cada vez que hablo con Víctor Domingo, aunque sea por breves instantes, me deja con mayor fe, con mayor fervor para seguir escribiendo, como si sus palabras fueran inyecciones de entusiasmo;

y me siento orgulloso de ser su compañero de letras".

Desde esa lejana época, y hasta la hora de su muerte, quiso el destino que yo estuviera siempre muy cerca de Víctor Domingo. Fuimos amigos inseparables, y como entonces mis actividades estaban dedicadas al teatro y a la cinematografía tuve la oportunidad de estrenarle la mayor parte de sus dramas y comedias; asimismo, filmamos juntos una película documental sobre Chile titulada "El empuje de una raza". En varias ocasiones compartimos también una misma ruta en que se barajaron caprichosamente sueños y realidades, trabajos y aventuras, viajes y trasnochadas bohemias; todo lo cual me permitió acompañarlo tanto en sus horas de alegría como en las de sus dolores.

Acabo de señalar expresamente la fraternal intimidad que nos unía, como una justificación para recordar ahora no ya al escritor propiamente dicho, sino al hombre de carne hueso. Y así, dejando aparte otros aspectos de su condición humana, deseo referirme a uno solamente. Al que, a mi juicio, era el más interesante y representativo de su temperamento; al que tuvo más decisiva importancia en su vida y en su obra, porque significó, tal vez, la suprema razón de su existencia. Quiero referirme a esa eterno viajero que alentaba dentro de

Víctor Domingo; a su manía ambulatória que ofreció en él los caracteres de una subyugante obsesión. Pues su vida, tan bizarra, tan independiente, tan libre al parecer, fue sin embargo la esclava de una perenne inquietud de trotamundos, de un afán incontenible por echarse a rodar tierras que le impedía prácticamente permanecer anclado en parte alguna.

Apenas desembarcado en el muelle de un puerto o en los andenes de una estación, al llegar a casa, cuando cualquiera otro hubiera pronunciado con fatigado gesto la consabida frase: ¡al fin estoy de regreso!, lo vi muchas veces arrojar las trajinadas maletas a un rincón de la pieza, encender la pipa, y con esa vehemencia torrencial que animaba su charla, mientras paseábase nerviosamente, hablarme enseguida de una gira teatral, de una "tourné" de conferencias, o de un quimérico proyecto planeado durante el viaje, lo cual lo llevaría de nuevo, rodando en un vagón de ferrocarril, hacia otro punto lejano. Y es que más que la gira, más que el proyecto, más que nada, danzaban ante sus ojos y le fascinaban el espíritu la ruta desconocida, el rumbo incierto, el ansia de lo imprevisto; o sea, en fin, ese indomable imperativo que lo impulsaba a partir, a irse por los caminos y encrucijadas del mundo bajo cielos distintos y distantes.

Primero Chile, cruzado de sur a norte y de norte a sur; después América, después Europa, supieron de las andanzas del poeta viril, del escritor de prosa quemante y arrebatada, del periodista dinámico, valiente a veces hasta la temeridad. Así marchó Víctor Domingo de horizonte a horizonte. En varias ocasiones cumplió con lucimiento misiones diplomáticas y consulares; mas, por encima de protocolares investiduras, destacaba su brillo personal.

Tal fue la trayectoria que dejó la huella de su talento y su energía por medio de campañas políticas, conferencias culturales, libros de acercamiento iberoamericano, cuentos, novelas y volúmenes de versos. Versos de múltiples acentos: cordiales o imprecatorios; tallados unos como finas joyas de marfil, otros erguidos y resonantes como clarines de combate.

Y toda esa labor, nerviosa, constante, muchas veces improvisada, la iba entregando a manos llenas el hombre cuya firma en las letras nacionales fue un símbolo de inagotable fuerza intelectual. Porque Víctor Domingo mantuvo encendida perennemente esa linterna mágica que proyecta en las sombras el espejismo de los sentimientos o los sueños de la imaginación. El autor del poema "El Derrotero" estuvo siempre dándonos con su ejemplo, hasta el fin de sus días, una ferviente lección de consecuencia lírica, de bandera sin arriar, de corazón abierto a todas las emociones espirituales, a todas las inquietudes, tanto a las propias como a las ajenas. Pues así como expresó la angustia de un gran amor perdido, los recuerdos de la infancia o el cariño a la patria que lo vio nacer, supo también interpretar en poemas inolvidables los clamores de las turbas irredentas, el ¡ay! de los oprimidos y las quejas del indio despojado.

Así cumplió su misión este gran poeta, este hombre errante, que en todo punto de la tierra donde detuvo su paso, exaltaba y hendía los espíritus, cual si hubiera querido fecundarlos con la semilla ardiente de su verbo. Pero el sembrador se alejaba... se iba siempre, sin esperar ni pedir nada. Sólo llevaba al partir un gajo de laureles y un puñado de rosas.



Víctor Domingo Silva con el atuendo que vistió en la guerra del Chaco, a la que asistió como corresponsal de la prensa chilena



El poeta en Madrid, acompañado del famoso aviador chileno Luis Page

Obras de Víctor Domingo Silva

POESIAS:

Hacia allá (1905) Poemas líricos.— Imp. Universitaria.
 El derrotero (1908) Poemas narrativos.— Imp. Universitaria.
 Romancero Naval (1910) Primer premio en el concurso del Club Naval de Valparaíso con motivo del primer centenario de la República.— Imp. de la Armada.
 La selva florida (1911) Edición de la revista "Ideas y Figuras" de Buenos Aires.
 Gesta heroica (1914) Edición del diario "La Provincia", Iquique.
 Sus mejores poemas (1918) Ed. Minerva.
 Sus mejores poesías (1923) Ed. Nascimento.
 Toque de diana (1928) Antología patriótica de poetas chilenos. Ed. Oficial Imp. Chile.
 España y yo somos así (1927) Antología de poemas inspirados en motivos españoles. Ed. Imp. "El Imparcial".
 Poemas de Ultramar (1936) La Paz (Bolivia) Imp. Kunsman.
 Nuevos poemas (1939) Ed. Zig Zag.
 Los mejores poemas de Víctor Domingo Silva (1948) Edición Zig Zag.

NOVELAS:

Golondrina de Invierno (1912) Primer premio del concurso organizado por el Consejo Nacional de Bellas Letras. Obra recomendada a los alumnos de castellano en los institutos de segunda enseñanza. Ed. Nascimento.
 Pepelucho (1923) Novela premiada en el concurso de "El Mercurio". Primera parte del ciclo de novelas que lleva el título común de "Palomilla Brava". Ed. Nascimento.
 El cachorro (1937) Segunda parte del mismo ciclo. Ed. Nascimento.
 El mestizo Alejo y la Criollita (1933-36-48) Dos novelas en un solo volumen. Ed. Zig-Zag.
 Los árboles no dejan ver el bosque (1948). Publicada en los folletines de "El Mercurio" de Antofagasta y "La Hora" de Santiago, y en volumen por Ed. Nascimento.

BIOGRAFIA NOVELADA:

El Rey de la Araucanía (1934) Ed. Zig Zag.

TEATRO

El pago de una deuda (1908) Valparaíso.
 La ilusión que vuelve (1909) Valparaíso.
 El primer acto (1909) Valparaíso.
 Como la ráfaga (1910) Valparaíso.
 Los Cuervos (1911) Buenos Aires.
 Nuestras víctimas (1912) Santiago.
 La vida cruel (1913) Santiago.
 Aires de la Pampa (1916) Iquique. Con ilustración musical del maestro Ernesto Davagnino.
 La Vorágine (1918) Santiago.
 Junto a la cuna (1918) Santiago.
 Viento negro (1919) Montevideo. (Uruguay).
 El hombre de la casa (1919) Santiago.
 Los buenos muchachos (1919) Santiago.
 Las aguas muertas (1920) Santiago.
 La divina farándula (1921) Santiago. Ilustración musical del maestro Osmán Pérez Freire.
 Más allá del honor (1923) Iquique.
 Muñequitas (1923) La Paz. (Bolivia).
 Lucecitas en la sombra (1926) Santiago. Ilustración musical del maestro Pablo Fuentes.
 Cabeza de ratón (1928) Santiago.
 No me hable usted de amor (1933) Concepción.

Una alhaja sin estuche (1933) Concepción.
 Fuego en la montaña (1937) Santiago.
 Otto, eres un hombre (1939) Ciudad Trujillo. (Rep. Dominicana).
 Pájaros de presa (1939) Santiago.

CUENTOS:

La Pampa trágica (1918) Cuentos de la región salitrera.

OBRAS VARIAS:

Monografía histórica de Valparaíso (1910) Valparaíso. Imp. y Lit. Universo.
 Las provincias del norte (1909) Valparaíso. Imp. y Lit. Universo.
 La misión social del escritor (1911) Buenos Aires. Ed. "Ideas y Figuras".
 La poesía argentina de hoy (1911) Buenos Aires. Ed. "Ideas y Figuras".
 Lo que he visto y oído en Tarapacá (1913) Ed. de "Caras y Caretas" de Iquique.
 La tempestad se avecina (1936) Ensayo de política internacional sudamericana. Ed. Zig Zag.

OBRAS INEDITAS:

Don Alonso de Ercilla, Drama histórico. Crónicas y leyendas nacionales. Cuentos de aquí y de allá.
 El poeta soldado. Poema dramático en cinco actos, inspirado en la vida de Rafael Torreblanca.
 Doña Inés Suárez, la Amazona extremeña. Novela biográfica.
 Aún no se ha puesto el sol. (poemas).
 El genio español en Chile. (Diccionario histórico y biográfico).